

BIBLIOTECA UNIVERSAL

Rousseau

Las Confesiones



Estudio preliminar de
JORGE ZALAMEA

Rousseau, hipocondríaco, enfermo, errante, desvalido, se levanta sobre sus miserias para hacernos el legado de este libro, nacido de aquella profunda reflexión que hace en el libro III: «Tratar de ocultar el propio corazón será siempre un mal sistema para leer en el corazón de los demás».

Introducción

Hace ya algunos años un grupo señero de intelectuales, integrado por Alfonso Reyes (México), Francisco Romero (Argentina), Federico de Onís (España), Ricardo Baeza (Argentina) y Germán Arciniegas (Colombia), imaginaron y proyectaron una empresa editorial de divulgación sin paralelo en la historia del mundo de habla hispana. Para propósito tan generoso, reunieron el talento de destacadas personalidades quienes, en el ejercicio de su trabajo, dieron cumplimiento cabal a esta inmensa Biblioteca Universal, en la que se estableció un canon —una selección— de las obras literarias entonces propuestas como lo más relevante desde la epopeya homérica hasta los umbrales del siglo XX. Pocas veces tal cantidad de obras excepcionales habían quedado reunidas y presentadas en nuestro idioma.

En ese entonces se consideró que era posible establecer una selección dentro del vastísimo panorama de la literatura que permitiese al lector apreciar la consistencia de los cimientos mismos de la cultura occidental. Como españoles e hispanoamericanos, desde las dos orillas del Atlántico, nosotros pertenecemos a esta cultura. Y gracias al camino de los libros —fuente perenne de conocimiento— tenemos la oportunidad de reapropiarnos de este elemento de nuestra vida espiritual.

La certidumbre del proyecto, así como su consistencia y amplitud, dieron por resultado una colección amplísima de obras y autores, cuyo trabajo de traducción y edición puso a prueba el talento y la voluntad de nuestra propia cultura. No puede dejar de mencionarse a quienes hicieron posible

esta tarea: Francisco Ayala, José Bergamín, Adolfo Bioy Casares, Hernán Díaz Arrieta, Mariano Gómez, José de la Cruz Herrera, Ezequiel Martínez Estrada, Agustín Millares Carlo, Julio E. Payró, Ángel del Río, José Luis Romero, Pablo Schostakovsky, Guillermo de Torre, Ángel Vasallo y Jorge Zalamea. Un equipo hispanoamericano del mundo literario. De modo que los volúmenes de esta Biblioteca Universal abarcan una variedad amplísima de géneros: poesía, teatro, ensayo, narrativa, biografía, historia, arte oratoria y epistolar, correspondientes a las literaturas europeas tradicionales y a las antiguas griega y latina.

Hoy, a varias décadas de distancia, podemos ver que este repertorio de obras y autores sigue vivo en nuestros afanes de conocimiento y recreación espiritual. El esfuerzo del aprendizaje es la obra cara de nuestros deseos de ejercer un disfrute creativo y estimulante: la lectura. Después de todo, el valor sustantivo de estas obras, y del mundo cultural que representan, sólo nos puede ser dado a través de este libre ejercicio, la lectura, que, a decir verdad, estimula —como lo ha hecho ya a lo largo de muchos siglos— el surgimiento de nuevos sentidos de convivencia, de creación y de entendimiento, conceptos que deben ser insustituibles en eso que llamamos civilización.

LOS EDITORES

Propósito

Un gran pensador inglés dijo que «la verdadera Universidad hoy día son los libros», y esta verdad, a pesar del desarrollo que modernamente han tenido las instituciones docentes, es en la actualidad más cierta que nunca. Nada aprende mejor el hombre que lo que aprende por sí mismo, lo que le exige un esfuerzo personal de búsqueda y de asimilación; y si los maestros sirven de guías y orientadores, las fuentes perennes del conocimiento están en los libros.

Hay por otra parte muchos hombres que no han tenido una enseñanza universitaria y para quienes el ejercicio de la cultura no es una necesidad profesional; pero, aun para éstos, sí lo es vital, puesto que viven dentro de una cultura, de un mundo cada vez más interdependiente y solidario y en el que la cultura es una necesidad cada día más general. Ignorar los cimientos sobre los cuales ha podido levantar su edificio admirable el espíritu del hombre es permanecer en cierto modo al margen de la vida, amputado de uno de sus elementos esenciales, renunciando voluntariamente a lo único que puede ampliar nuestra mente hacia el pasado y ponerla en condiciones de mejor encarar el porvenir. En este sentido, pudo decir con razón Gracián que «sólo vive el que sabe».

Esta colección de Clásicos Universales —por primera vez concebida y ejecutada en tan amplios términos y que por razones editoriales nos hemos visto precisados a dividir en dos series, la primera de las cuales ofrecemos ahora— va encaminada, y del modo más general, a todos los que sienten lo que podríamos llamar el instinto de la cultura,

hayan pasado o no por las aulas universitarias y sea cual fuere la profesión o disciplina a la que hayan consagrado su actividad. Los autores reunidos son, como decimos, los cimientos mismos de la cultura occidental y de una u otra manera, cada uno de nosotros halla en ellos el eco de sus propias ideas y sentimientos.

Es obvio que, dada la extensión forzosamente restringida de la Colección, la máxima dificultad estribaba en la selección dentro del vastísimo panorama de la literatura. A este propósito, y tomando el concepto de clásico en su sentido más lato, de obras maestras, procediendo con arreglo a una norma más crítica que histórica, aunque tratando de dar también un panorama de la historia literaria de Occidente en sus líneas cardinales, hemos tenido ante todo en cuenta el valor sustantivo de las obras, su contenido vivo y su capacidad formativa sobre el espíritu del hombre de hoy. Con una pauta igualmente universalista, hemos espigado en el inmenso acervo de las literaturas europeas tradicionales y las antiguas literaturas griega y latina, que sirven de base común a aquéllas, abarcando un amplísimo compás de tiempo, que va desde la epopeya homérica hasta los umbrales mismos de nuestro siglo.

Se ha procurado, dentro de los límites de la Colección, que aparezcan representados los diversos géneros literarios: poesía, teatro, historia, ensayo, arte biográfico y epistolar, oratoria, ficción; y si, en este último, no se ha dado a la novela mayor espacio fue considerando que es el género más difundido al par que el más moderno, ya que su gran desarrollo ha tenido lugar en los dos últimos siglos. En cambio, aunque la serie sea de carácter puramente literario, se ha incluido en ella una selección de Platón y de Aristóteles, no sólo porque ambos filósofos pertenecen también a la literatura, sino porque sus obras constituyen los fundamentos del pensamiento occidental.

Un comité formado por Germán Arciniegas, Ricardo Baeza, Federico de Onís, Alfonso Reyes y Francisco Rome-

ro ha planeado y dirigido la presente colección, llevándola a cabo con la colaboración de algunas de las más prestigiosas figuras de las letras y el profesorado en el mundo actual de habla castellana.

LOS EDITORES

Estudio preliminar

Jorge Zalamea

La época

Nace Juan Jacobo Rousseau cuando el siglo XVIII está recién nacido: aún no en mayoría de edad para recibir la cuantiosa herencia que le legaran los tres siglos anteriores. Por una milagrosa confabulación, la nueva edad recibe, en efecto, tres dones del espíritu, tres lecciones, tres normas fundamentales: el siglo XV, le da el Renacimiento; el XVI, la Reforma; el XVII, la filosofía cartesiana. Es como si tres ríos de luz, rumorosos de rimas, de graves palabras, de acordados números, desembocasen en un ancho golfo a cuyas orillas se alzasen las ciudades en que los hombres continúan buscando mayor sosiego y esplendor para su vida y un más claro y alto sentido para el universo que les sirve de escenario.

A medida que el siglo va madurando, es más clara la conciencia del legado que recibiera y más cálido y tumultuoso el deseo de hacerse digno de su administración y acrecentamiento. Con el afán juvenil de quien tiene en sus manos unos instrumentos bruñidos y buidos de tan nuevos, la inteligencia dieciochesca hace una revisión de cuanto alienta sobre la tierra o se oculta en los cielos. Conforme a D'Alembert, uno de los más destacados representativos: «Todo ha sido discutido, analizado, removido, desde los

principios de las ciencias hasta los fundamentos de la religión revelada, desde la música hasta la moral, desde las cuestiones teológicas hasta las económicas y comerciales, desde la política hasta el derecho de gentes y el civil».

En esta ambiciosa empresa revisionista, se emplean con respeto y entusiasmo los instrumentos intelectuales recibidos de las generaciones anteriores: pero cada vez es más evidente la voluntad de forjar unas herramientas propias, características del nuevo espíritu. Así, por ejemplo, con la interpretación filosófica del universo, no se aviene ya la mente a disputar por único camino hacia la conquista de la verdad la deducción sistemática de Descartes y Spinoza; sino que aspira a un método, a una forma de entendimiento, a una posición vital, más libres en sus procedimientos, más concretas en sus experiencias, más prácticas en sus conclusiones. De esta manera el sistema deductivo se opone al analítico; a los principios generales y a los dogmas, los hechos y los fenómenos; a lo metafísico, lo positivo, y para que estas posiciones del entendimiento tengan un denominador común, se hace de la razón el *deus ex machina* de la nueva aventura intelectual.

También en las relaciones entre la naturaleza y la razón, entre el hombre y su escenario, ha de llegarse a un nuevo *status*. Ya no basta que la revelación y la fe sosieguen la curiosidad del espíritu y asienten el alma dentro de un marco de certidumbres morales y religiosas. Ni es suficiente tampoco el sistema conciliador de los escolásticos, que pretendía buscar fuera de la naturaleza, y no en ella misma, la razón de su existencia, de sus perfecciones y de sus imperfecciones. Partiendo de las experiencias y teorías de Galileo, Kepler y Newton —que han sentado las bases de una ciencia natural matemática— los hombres de la Ilustración, es decir, la inteligencia del siglo XVIII, consideran la naturaleza en sí misma, en su trascendencia propia, independiente de toda voluntad superior, exenta de ocasionalismos, explicable por una serie de principios que están al alcance de

la inteligencia humana si ésta cuenta, para descubrirlos o deducirlos, con la ayuda de las matemáticas, de la ciencia natural y de la razón analítica.

Otro tanto sucede en la revisión de las más altas cuestiones atañedoras al hombre, a su vida. La religión, la sociedad, el Estado, el arte, deben ser analizados con arreglo a la forma de pensamiento característica del siglo XVIII y, si es posible, llevados a una relación nueva, más justa, más libre, más racional con el hombre. Dentro del limitado marco de esta introducción, no sería posible señalar siquiera las conclusiones de tan dilatada empresa. Forzoso nos será, pues, dejar tan tentador terreno para tratar de indagar a toda prisa cuáles fueron las peripecias y consecuencias de ella en más reducido círculo: en el de la sociedad francesa de la época. Y aun dentro de ella, apenas en sus relaciones con la literatura.

Desde el último cuarto del siglo XVI la conciencia europea había entrado en un período de crisis. El espíritu de libre examen, la razón crítica, la ciencia experimental, el relativismo moral se conjuraban para luchar contra el despotismo y el fanatismo en una de las empresas más tenaces, prolongadas y heroicas que acometiera nunca el espíritu humano. La poderosa inteligencia y el prestigio personal de dos hombres: Luis XIV y Jacobo Benigno Bossuet, lograron en Francia una pausa en la desatada guerra, pausa que el genio francés aprovechó para expresar sus más nobles cualidades a través de la tragedia y la poesía clásicas. Por un favor misterioso, por una razón secreta, se dio así ocasión a que se escucharan unas voces que en ninguna de las circunstancias anteriores o posteriores hubiesen podido tener el mismo noble tono, la misma eternal belleza, la misma hondura psicológica. Fue como si el mundo, con sus pasiones y sus luchas, sus abominaciones y sus furores, sus codicias y sus escándalos, quedase en suspenso para que en un intermedio de paz surgiese el alto y límpido chorro de la poesía para refrescar los cielos iracundos y ablandar la en-

durecida tierra. Pero aún no estaban mundos los huesos de Racine y La Fontaine, cuando se reanudaba la querella y la crisálida de una nueva edad se debatía en la sombra por llegar pronto al día.

El quebrantamiento del prestigio monárquico, iniciado en los últimos años de Luis XIV por razón de los reveses internacionales y la flaqueza de la hacienda pública, y aumentado considerablemente por la corte disoluta de la Regencia, se presenta como un aliado inesperado para los pequeños grupos que tratan, desde la sombra, de llevar la luz a los pueblos. Entre tanto, la aristocracia, que abriera en el siglo anterior sus puertas a los poetas y aprendiera de ellos la galanura del lenguaje, el refinamiento de los sentidos y la compleja mecánica de los sentimientos, se engolosina ahora con la ciencia, y en los salones resplandecientes de espejos, candiles y sederías el miope sabio reemplaza al buido madrigalista. Las damas se agrupan con una seriedad recién nacida en torno de los físicos y naturalistas, para hacerse explicar el movimiento de los astros o la vida secreta de las plantas; y así como no vacilaran en el siglo XVII en competir con poetas y memorialistas, no hacen ahora remilgos para herborizar en los bosques que ciñen a París y Versalles, ni para hacer con sus finas manos complicadas y sangrientas disecciones en sus tocadores, convertidos transitoriamente en laboratorios.

Mientras así prepara la aristocracia su propia caída, los escritores se alelan leyendo a los poetas clásicos y se empeñan en imitarlos, sin lograr otra cosa que un eco frío, una rígida sombra de aquel caudal ardiente, de aquella augusta belleza. Oigamos a Paul Hazard explicar magistralmente el vano esfuerzo de estos hombres de razón por captar en yertas formas la esencia misteriosa y fugitiva de la poesía: «Poetas, no lo eran. Sus oídos estaban cerrados a la sonoridad, a la dulzura de las palabras y su alma había perdido el sentido del misterio. Inundaban todo lo real de una luz implacable, y querían que hasta sus mismas efusiones fueran

ordenadas y claras. Si la poesía es una oración, ellos no oraban; si es una tentativa para llegar a lo inefable, ellos negaban lo inefable; si es una vacilación entre la música y el sentido, ellos jamás vacilaban. Sólo querían demostraciones y teoremas; cuando hacían versos, era para encerrar en ellos su espíritu geométrico». No puede expresarse mejor ni en menor número de palabras tan extraordinario sucedido. En verdad, la gente se hallaba embriagada por el vino nuevo de la razón y no entendía de cosa alguna que, como la poesía, fuese de esencia misteriosa. Más aun: después de los vanos intentos por sorprender el secreto de los clásicos, no vacila Lamotte-Houdar en decir que el verso sólo sirve para mutilar y oscurecer las ideas, y que sus reglas más son un estorbo para la razón que un adorno. Sí, realmente aquél era un siglo antipoético.

Otra era la tarea encomendada a los espíritus del siglo XVIII. Si habían dedicado su vida al culto de la razón, debían llevar ese culto hasta sus últimas consecuencias, proyectando sus luces sobre el mundo para contrastar los valores admitidos hasta entonces y reemplazarlos, si era el caso, por valores nuevos. Y realmente el mejor instrumento para esta empresa no era la poesía, sino la prosa. Hablar de razón y libre examen, de emancipación individual y derechos colectivos, era entregar desnuda y maniatada a la poesía en manos de la pomposa oratoria. Que fue lo que hicieron Saint-Lambert, Roucher, Louis Racine y tantos otros poetastros que habían resuelto que la poesía fuese un instrumento docente, un vehículo de enseñanzas morales, un amable medio para procurar el mejoramiento de los ciudadanos.

Veamos, finalmente, cómo esta gigantesca transformación de los sistemas filosóficos, de las costumbres sociales y aun de las tendencias literarias, se refleja en las clases sociales, dando a luz un tipo nuevo que habría de tener particular preponderancia en los hechos políticos en que finalmente fermentaría toda esta levadura.

Ya en los siglos XVI y XVII, bajo el manto severo de la ciencia y el recamado traje de la literatura, el burgués había comenzado a infiltrarse en los castillos de la derrotada nobleza feudal y en los palacios de la monarquía unitaria; pero todavía su presencia en ellos era tímida y transitoria, más tolerada que aceptada, más próxima a los cuartos de servicio que a las habitaciones de huéspedes. El hombre de ciencia, el filósofo o el poeta conservaban aún, ante las clases rectoras, cierto carácter histriónico que justificaba su admisión en los cerrados círculos por la capacidad de diversión que para ellos tuviera, y aún los núcleos intelectuales no habían establecido con el pueblo el contacto directo y permanente que pudiese darles una fuerza propia, una categoría social y política.

Pero ya en los albores del siglo XVIII acaso por la influencia de Inglaterra y seguramente por la intensa labor de zapa que en la misma Francia realizaran los racionalistas, el burgués adquiere una preponderancia sólo comparable a la petulante seguridad con que asume sus nuevas funciones. Por fin se atreve a descararse con el gentilhomme, oponiendo a la nobleza de cuna, la aristocracia del saber; al brillo cortesano, la utilidad cívica; al prestigio del poder armado, la arrogancia natural del hombre libre; al puntilloso honor del espadachín, la severa honestidad del comerciante. Y así como el noble dobla el espinazo ante su rey, el burgués se inclina reverente ante el filósofo.

Esta última palabra no debe engañarnos. Para el hombre del siglo XVIII el filósofo no es un extravagante ciudadano ahíto de metafísica que se aísla del mundo y lo ignora mientras inventa un sistema para interpretarlo, transformarlo o gobernarlo; sino un hombre de razón que vive conforme a la naturaleza, amablemente; que no tiene reparo en expresar su libre juicio sobre todas las cosas y que ha hecho del examen crítico del mundo y los hombres la más constante y alta de las tareas de su inteligencia.

Durante el siglo XVII, no obstante la secreta virulencia de las nuevas doctrinas, la razón quiere hacerse aceptable socialmente, adoptando cierta actitud de mediadora entre la tradición y la revolución, entre el dogma y la ciencia, entre el autócrata y el ciudadano. Bastaría citar en Francia los nombres de Bossuet, Descartes, Malebranche y Fenelón para apreciar justamente los poderosos, ingeniosos y múltiples esfuerzos realizados para buscar la conciliación de esos contrarios. Pero en el siglo XVIII la razón se hace beligerante y se presenta ya definitivamente como «una potencia crítica».

Consideremos, finalmente, que hasta aquel momento las obras científicas, filosóficas y literarias que anunciaban y creaban para la humanidad una nueva era, se hallaban fuera del alcance del pueblo, ora por motivos de escasa y costosa difusión, ora por las persecuciones del Estado, ora por su carácter mismo, por su contenido teórico, por su base científica, inaccesibles al común de las gentes. Si se quería que el espíritu de libertad, los descubrimientos y el uso de la razón crítica llegasen hasta el pueblo y éste los hiciese celosamente patrimonio suyo, se imponía una intensa labor de vulgarización, una campaña permanente contra los abusos políticos y los terrores del fanatismo, una aplicación inmediata del nuevo criterio a cada uno de los casos que más directamente impresionaban la sensibilidad popular o con mayor violencia vulneraban sus derechos naturales. Es decir, era preciso que entre el hombre de ciencia, el filósofo y el poeta, por una parte, y el pueblo, por la otra, se interpusiese el panfletista, el periodista, ese nuevo tipo de hombre de letras que haría llegar a las severas bibliotecas y a los incipientes laboratorios el clamor de las muchedumbres, y llevaría a éstas, ya desmigajadas y asimilables, las conclusiones magistrales de la razón. Que fue lo que hizo con singular eficacia y brillo Voltaire.

Lo que dejamos dicho es apenas un apresurado y torpe esquema del escenario en que vivirá Juan Jacobo Rous-

seau. Tratemos ahora de acercarnos a él, por ver qué clase de hombre fue y qué vida vivió.

El hombre Rousseau

Cuando un gran escritor y un agudo psicólogo, como lo fuera Juan Jacobo Rousseau, se ha tomado durante cinco años el trabajo de narrar prolija, sincera y crudamente su propia vida y cuando se está ofreciendo, como ahora lo hacemos nosotros, esa narración a los lectores, sería no sólo superfluo sino necio malgastar tiempo en tratar de reducir a borrosa miniatura lo que es un fresco monumental. Pero acaso no se juzgue impertinente anticipar un trasunto de lo que fue como hombre el autor de *Las Confesiones* y procurar que ese trasunto, por fantasmal que resulte, se acomode dentro del marco histórico que nos esforzamos por ensamblar en las páginas anteriores.

Por capricho del destino y mandato de los humores que albergaba en su cuerpo, no muy sano al parecer, Juan Jacobo, un poco a semejanza de su época, se presta como hombre a todas las experiencias; recorre, como ciudadano, todas las escalas de la vida social contemporánea y participa, como intelectual, en todas las aventuras del entendimiento que dieran al siglo XVIII su sabor propio, su especial textura.

Jamás comienzos de una vida parecieron más desamparados y confusos. Se diría que Rousseau (nacido en Ginebra el 28 de junio de 1712) fue el prototipo del huérfano, del niño desconcertado que pasa de unas manos a otras sin que ninguna acierte a retenerlo o acariciarlo. De las del padre, hombre sentimental pero violento, disipado pero moralista, pasa a las de su tío, el ingeniero, que se apresura a traspasar el pupilo a las de un pastor protestante. Luego será aprendiz de notario y aprendiz de grabador, escuelas de las que habrá de escaparse para ir a formar parte de un